

## ***Sillas y maniqués que laten y respiran***

Podría parecer que Chelo Rodríguez siente más interés por los objetos que por los humanos. Sin embargo, una mirada atenta a su obra descubre que esta artista consigue lo imposible: crear seres inanimados que respiran. Objetos con alma que nacen en su mente y que en su pincel se antropomorfizan.

A lo largo de la vida establecemos vínculos afectivos muy profundos con determinados objetos que se instalan en nuestros corazones y nos trasladan a diferentes momentos vitales. En una entrevista a Richard McGuire, músico, artista y uno de los mejores dibujantes del mundo, leí con asombro que en Japón incluso existe un ritual para despedir a los objetos obsoletos y agradecerles los años de servicio que nos han dado. En el caso de Chelo Rodríguez los objetos que contemplamos en sus lienzos, sus sillas y sus maniqués, la representan y se convierten en sus mejores cómplices.

Elegir una de sus sillas o uno de sus maniqués es emprender un viaje vital. Son objetos que cobran vida más allá del cuadro para transmitir sentimientos universales. Son metáforas de los estados emocionales de la pintora que desnuda su alma para compartirla con seres inertes que interpelan constantemente al espectador, jugando con lo que hay detrás de lo que podemos ver.

En las sillas de Chelo Rodríguez puede sentarse la soledad, la reflexión, la espera, la melancolía, la alegría o la tristeza, la superación, el amor o el desamor, la diversidad, la rabia, la lucha por la independencia de la mujer o el horror del confinamiento. A veces son sillas gastadas o rotas que muestran su intimidad, su yo más profundo, sus alambres liberadores. Hay asientos con vistas, duros, sobrios, imperfectos o tapizados con los colores que nos permiten volver a vivir. Son sillas inestables o que pisan fuerte.

Algo similar ocurre con sus maniqués. Exhiben sentimientos, callan, denuncian o renuncian, vencen críticas y se liberan sin tener que quitarse el sombrero. Son modelos inertes con corazones que laten. Capaces de gritar, de bailar, de volar, de renacer de sus cenizas solos o acompañados. Los maniqués y las sillas de esta artista construyen, destruyen y reconstruyen constantemente la mirada del espectador. Una mirada a la que siempre acompaña el silencio.

Chelo Rodríguez es también la pintora del silencio. El silencio que necesita para vivir. El silencio con el que le gusta trabajar en su estudio y el silencio que se apodera de todas sus obras. Su eterna sonrisa y su optimismo están también presentes en ellas. Los percibimos en la luz que siempre acaba venciendo en sus cuadros para convertirse en mensajes de esperanza. Silencio, optimismo, luz y esperanza para adentrarse en la figuración con colores hechos a medida y con pinceladas al óleo siempre contenidas.

Estamos ante una mujer exigente, constante, obstinada y perfeccionista en su vida y en su obra que, en realidad, transcurren paralelas. Desde hace tres décadas la pintura se convirtió para ella en pasión y en la fortaleza que la hizo capaz de romper ataduras e iniciar una reconstrucción personal y vital. Acercarse a la obra de esta artista porriñesa es un privilegio. Déjense llevar por sus maniqués y no dejen de sentarse en sus sillas. Respiren con ellos y sentirán sus latidos.